

Los ungüentarios de alabastro en el Mediterráneo. I^{er} milenio a. C.

Alabastron Vases in the Mediterranean. First Millennium BC.

Bashar MUSTAFA

Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Arqueología
Universidad de Damasco, Siria
Interdisciplinar de las ciencias y humanidades, Universidad de Granada
bbmusta@hotmail.es

Recibido: 20-09-2014

Aceptado: 12-01-2015

RESUMEN

A partir del hallazgo de un tipo particular de envases: ungüentarios y perfumarios en una nueva tumba en el territorio de Arados/Amrit, observamos cómo se incrementa la presencia de estos envases en tumbas de incineración e inhumación durante el primer milenio antes de Cristo en la cuenca mediterránea. Hemos elaborado una serie de análisis y discusiones sobre su distribución, cronología, significado y uso social, tratando de establecer una periodización de sus usos y una contextualización cultural y social dentro del ritual funerario y del uso de determinadas materias primas empleadas para su elaboración.

PALABRAS CLAVE: *Mediterráneo, protohistoria, ungüentarios, ritos funerarios, valor social.*

ABSTRACT

Based on the discovery of a peculiar type of containment vessel for perfumes and ointments inside a new tomb in the territory of Arados/Amrit, we can observe the increase of the use of this type of vessel for cremation and inhumation during the first millennium BC in the Mediterranean basin. We have developed a series of analyses and interpretations concerning the distribution, timing, meaning, and social use of these vessels, with the intention of establishing a chronology of their use in the cultural and social context within the funerary ritual and in the use of certain raw materials for the manufacture of these vessels.

KEY WORD: *Mediterranean, Protohistory, Ointment, Mortuary Practices, Social Value.*

1. Origen y empleo de la calcita o yeso cristalino como materia prima mineral

Las elites orientales, desde el segundo milenio antes de Cristo, fueron demandantes de recipientes fabricados en alabastro para ser utilizados como objetos rituales (Almagro y Torres 2010). Los registros arqueológicos indican cómo los egipcios fueron los primeros, y con mayor frecuencia, en utilizar este material mineral como materia prima para contenedores rituales funerarios (López Castro 2006), y los propios modelos formales y la mayor variabilidad de prototipos de alabastrones fueron desarrollados por talleres egipcios (López Castro 2006) ya desde finales del Imperio Medio, a partir del 1600 a.C., alcanzando el máximo nivel de calidad en la dinastía XXII-XXIII, época que se conoce como de los Faraones Libios (Jiménez Flores 2010). De ahí que la mayoría de los ungüentarios de alabastro (son denominados indistintamente ungüentarios o alabastrones), de cualquier época, hayan sido considerados por la investigación especializada como de origen egipcio (Culican 1970). Sin embargo, se conoce que Asiria mantuvo y desarrolló una producción propia de diferentes tipos de objetos y esculturas de alabastro (Almagro y Torres 2010).

En el caso de la producción egipcia de finales del segundo y primer milenio, se cree, que los principales talleres estuvieron en Tebas, durante el Imperio Nuevo egipcio, o en el Heracleópolis Magna, durante los siglos IX-VIII a. C. (Von Bisping 1907; Bonnet 1952; Montet 1960). Sin embargo, el origen del alabastro no sólo es egipcio, también lo encontramos en las zonas próximas a la actual Damasco o en la zona de Al Mina al norte de Ras Shamra (Ugarit) utilizado como materia prima en los talleres sirios (Pellicer 2007: 45-48), por lo que la presencia de canteras actuales en diversos puntos de Siria, y a falta de análisis de la procedencia de las materias primas específicas, sus características *de visu* y las formas concretas de algunos alabastrones nos permiten proponer la hipótesis de una procedencia local de la materia prima y la elaboración en talleres también locales. No obstante, sin un análisis petrológico adecuado sobre estos ungüentarios y los afloramientos rocosos locales de mineral no podremos despejar, con seguridad, la procedencia y manufacturación de esta segunda fase de producción de ungüentarios rituales.

Basándonos en estas posibilidades de acceso a materias primas no egipcias, durante la fase que hemos considerado propia de la mitad del primer

milenio, mucho más tardía en cuanto al uso de alabastrones para contener ungüentos o perfumes, como los que han sido hallados dentro de sarcófagos antropomorfos, podemos proponer que, en parte, su producción fuera local, y no importados de canteras y talleres egipcios, para una producción que pudo distribuirse en el Mediterráneo oriental. Muy significativo es el caso de Chipre, alcanzando, en estas fechas de mediados del primer milenio, lugares como Atenas, Sicilia, Cartago o la Península Ibérica, en contextos funerarios de tumbas de incineración, situadas en necrópolis de zonas con fuerte presencia e influencias tanto griegas como semitas, cuando no ya claramente indígenas, en un uso cada vez más extendido y compartido de los mismos tipos de objetos rituales, relacionados con el uso de los perfumes y ungüentos en los rituales funerarios.

2. Los vasos de alabastro en el Mediterráneo

Durante el primer milenio antes de Cristo los enclaves de la costa mediterránea, tanto en Oriente como Occidente, suponen una fuente de información esencial para la reconstrucción de la cultura material protohistórica, conformando un conjunto arqueológico resultado de la cultura y la producción artesanal de las comunidades ribereñas que han ido evolucionando a lo largo de esos siglos, facilitándonos nuevas perspectivas para la valoración de sus estructuras sociales durante el periodo indicado.

En los asentamientos protohistóricos, los objetos materiales implicados en los ritos fúnebres constituyen un indicador elocuente del papel social de los difuntos. Así mismo, nos proporcionan algunos datos sobre el movimiento de intercambio de variados materiales arqueológicos entre las diferentes áreas coloniales, desde el lejano Egipto hasta las costas peninsulares ibéricas, en el extremo occidente, pasando también por las zonas de influencia griega (López Castro 2006: 74). Los avances de las investigaciones arqueológicas centrados en el estudio del ámbito mediterráneo, en general, están permitiendo conocer la etapa protohistórica desde puntos de vista relacionados con las creencias religiosas y su reflejo en las prácticas funerarias de comunidades mixtas con presupuestos no valorados anteriormente.

Una de las materias primas minerales que han estado vinculadas a ritos funerarios desde la antigüedad es el alabastro, utilizada como una de las roca destacadas para elaborar determinados

objetos: vasos contenedores y esculturas (Von Bissing 1939: 139), debido a sus característicos rasgos litológicos (masividad con facetas cristalinas, escasa dureza, translucidez y brillo vítreo) y su accesibilidad (distribución escasa y concentrada), dadas las condiciones paleogeomórficas de los depósitos.

Una de las formas de explotación particular de este material es la que se adoptó en la antigüedad para ser usado como materia prima para la elaboración de urnas o pequeños botes para unguentos y esencias (López Castro 2006: 81-82; Pellicer 2007: 53), denominación de la forma de esos vasos que, tomándola de la voz griega que los designaba, dieron nombre a la materia prima.

Aunque los primeros datos de su uso, en relación con ritos funerarios, se remontan al segundo milenio antes de Cristo, durante el Imperio Nuevo, en necrópolis egipcias (Merrillees

1974), su presencia en el Mediterráneo oriental está atestiguada en la costa sirio-palestina (Ras Shamra), Creta (Knossos), Chipre o la península griega (Vapheio) a lo largo de la segunda mitad del segundo milenio, siempre asociado a ajuares funerarios y en algunas tumbas consideradas reales (Cline 1994). La presencia de estos vasos de alabastro se detecta en el Mediterráneo central en zonas de influencia minoica y micénica durante el segundo milenio (Ruiz-Gálvez 2013).

La distribución de esos objetos de alabastro abarca, en unos u otros momentos, la totalidad del Mediterráneo, no siendo las costas del levante y sur peninsular ibérico una excepción, tanto que algunas de las necrópolis de los asentamientos de esta zona del Mediterráneo presentan ciertas características contextuales de documentación de estos vasos que le confieren un especial interés. Durante la colonización fenicia, que en la Península Ibérica se ha datado a partir del último tercio del siglo IX a. C. (Aubert 1987; Schubart y Arteaga 1990; López Castro 2002; Ribichini 2004; Ruiz-Gálvez 2013), en determinadas tumbas de incineración del sur de la Península Ibérica se hacían uso de vasos de esta roca para contener los restos de la cremación de unos pocos individuos: la aristocracia fenicia de las colonias occidentales (López Castro 2006).

Además de las urnas cinerarias de alabastro, se recogieron algunos unguentarios o alabastrones, siempre de esta materia prima mineral, que posiblemente habían sido, se cree, extraídos de enterramientos de las élites sociales egipcias de la necrópolis del delta del Nilo, por parte de los asirios y sus aliados fenicios (tirios), desde donde serían trasladadas por estos últimos y utilizadas como urnas cinerarias en las costas del sur peninsular, pasando por algunos de los asentamientos fenicios del levante (López Castro, 2006: 76), para contener las cenizas de comerciantes o élites de las comunidades orientales establecidas en dichas colonias (Pellicer 2007).

Sin embargo, se ha considerado que las pequeñas piezas o alabastrones registradas en las excavaciones de necrópolis o hallazgos aislados realizados en el sur de la Península Ibérica, sobre todo en yacimientos de contextos tartesios (Blázquez Martínez 2007; Ruiz-Gálvez 2013: 258), tanto costeros como interiores con una cronología entre los siglos VII-VI a. C., serían, probablemente, un regalo de los fenicios a los dirigentes locales indígenas, ya que, esta materia prima, junto con el marfil, eran considerados por los colonos como un símbolo de realeza (Frankenstein 1997: 186),

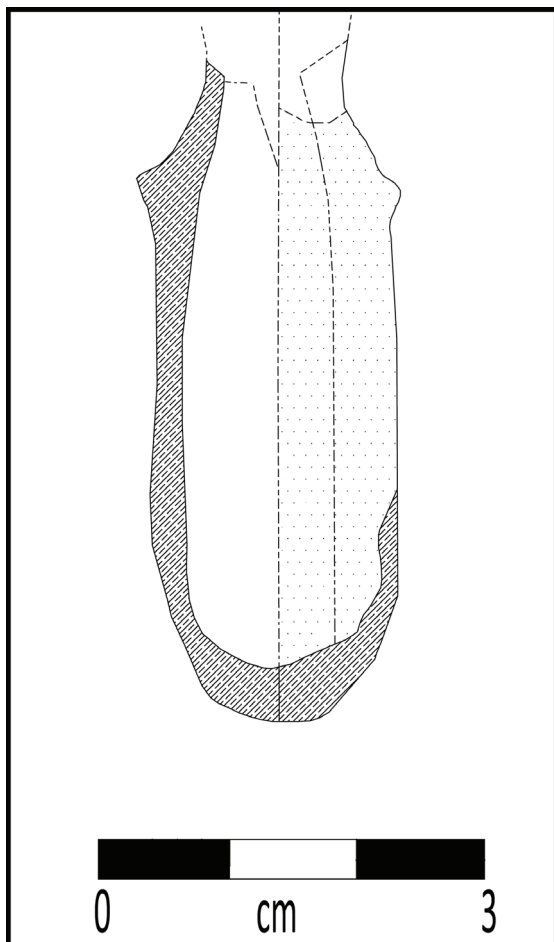


Fig. 1. Ungüentario, La Joya (Huelva) (Pellicer 2007, fig. 68) (elaboración propia).

y por tanto usadas como expresión de la privilegiada posición social de los personajes que fueron enterrados con estas piezas.

La presencia de algún vaso y de ungüentarios de alabastro esta atestiguada en varias tumbas de necrópolis de incineración, las tumbas 9 y 17 de la necrópolis de La Joya (Huelva) (**fig. 1**) (Pérez Die 1983; Pellicer 2007: 50; Blázquez Martínez 2007: 19), u otros ejemplares, uno de la tumba H en la necrópolis del Acebuchal (Carmona, Sevilla), o de la tumba 13 de la necrópolis de Osuna (Sevilla) (Blázquez Martínez 2007: 19) o los hallazgos más recientes, también en contextos funerarios, de la necrópolis de Las Cumbres (Gómez Peña 2013: 902) o los cada vez más frecuentes en asentamientos y santuarios, aunque de cronologías dispares y producciones diversas, incluyendo piezas en cerámica que componen un heterogéneo conjunto cuyo estudio y significado (Gómez Peña 2013) escapa a las intenciones de este trabajo.

3. Ungüentarios de alabastro y sarcófagos antropomorfos

En las costas e islas del Mediterráneo oriental, sobre todo en Chipre, según la Colección Cesnola (Hermery y Mertens 2014) durante los siglos VI-IV a.C., el uso de los ungüentarios de alabastro no sólo se mantiene, a pesar del cambio de ritual de la incineración a la inhumación, si no que se multiplica su presencia. Aunque se desconoce la procedencia contextual de la mayoría de ellos, no obstante algunos han sido recogidos formando parte del ritual funerario, encontrados en el interior de sarcófagos de inhumación. Esta presencia ritual se atestigua en varios sarcófagos antropoides o antropomorfos (Frede 2002). Sus características formales son bastante comunes y coincidentes con la mayoría de los ejemplares conocidos más antiguos: siempre de pequeño tamaño, entre ocho y doce centímetros de altura, de base redondeada, labio de ala aplanado y cuello estrangulado, con o sin apéndices laterales.

Los ejemplares de ungüentarios de alabastro contextualizados en esta segunda fase cronológica, mediados del primer milenio, fueron registrados en sarcófagos procedentes de necrópolis ciudadanas, en tumbas más o menos aisladas o en pequeñas necrópolis. Así, del interior del sarcófago antropomorfo del Museo de Beirut, AO 4379, descubierto en la necrópolis sidonia de Ain Hilwah (Líbano) (Doumet-Serhal 1996: 13-15)

procede un ejemplar, necrópolis donde fueron también hallados otros dos ungüentarios de alabastro, de diferentes tamaños, en sendos sarcófagos de piedra, aunque en este caso no se trataba de sarcófagos antropomorfos, sino de *teke* lisos (Torrey 1919/20: 24).

Hacia el norte, en la franja costera de Siria, también considerada como perteneciente a los territorios de cultura fenicia (Lipinski 1992; Badre 1997; Al Maqdissi 2008; Al Maqdissi y Benech 2009; Aubet 2009), habría que mencionar el territorio de Arados/Amrit, a cuya geografía pertenece la última tumba descubierta en 2009, Ras al-Shagry (Tartus) (Mustafa 2013), en cuyo hipogeo fueron documentados tres ungüentarios de alabastro, de nuevo, en el interior de un sarcófago antropomorfo.

Coincidiendo cronológica y contextualmente con esta fase de producción y uso de ungüentarios de alabastro en el interior de sarcófagos de piedra, la imagen de estos objetos, reproduciendo sus formas y características básicas, son representados esculpidos en algunas tapas de sarcófagos antropomorfos, sustituyendo como símbolos esculpidos, representados en la mano izquierda de los personajes que los portan, hallados en Sidón o en algunas otras piezas del resto del Mediterráneo (Frede 2002). Hasta el momento, solo se han documentado tres ejemplares de sarcófagos antropomorfos femeninas que portan en sus manos un alabastrón (Doumet-Serhal 1996; Almagro-Gorbea y Torres 2010: 44).

En primer lugar, el sarcófago femenino del Museo Arqueológico de Cádiz, n° inv. 9773, descubierto en esta ciudad en el año 1980 en una tumba aislada (Blanco y Corzo 1981: 238), sostiene en su mano izquierda un alabastrón (Doumet-Serhal 1996: 16-17; Buhl 1987; Lembke 2001), del mismo tipo que el del sarcófago femenino del Museo de Palermo, n° inv. 5630, descubierto en 1725, en este caso hallado en una tumba de la necrópolis de Pizzo Cannita (Palermo, Sicilia) (Buhl 1959: 187; Frede 2000: 145-146), que también sostiene en su mano y colocado sobre el vientre, debido a la flexión del antebrazo izquierdo, el mismo tipo de alabastrón.

Por último, está representado un alabastrón en el sarcófago del Museo Arqueológico de Louvre, n° inv. 4970 (**fig. 2**), hallado en la necrópolis de Magharat Tabloum de Sidón, en el año 1861 (Eddy 1887; Elayi 1988: 282; Frede 2000: 74-75; Almagro-Gorbea y Torres 2010: 44). En cuanto al personaje representado en este último sarcófago antropomorfo, con un estado de con-

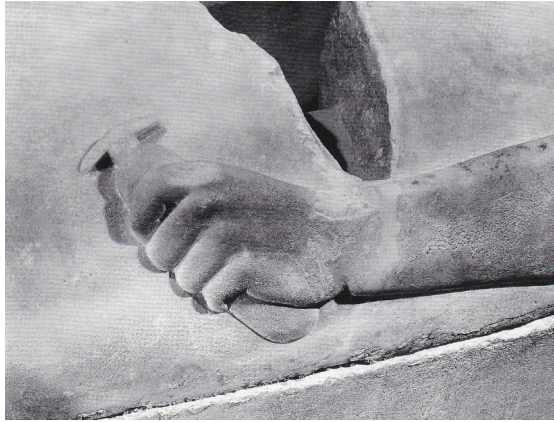


Fig. 2. Alabastrón esculpido (Doumet-Serhal 1996, nº 16).

servación fragmentario, sin poder determinar con seguridad si pertenece a un personaje femenino o masculino, algunas características nos inducen a considerar su carácter femenino, como los restos de la vestimenta representado cubriendo la parte superior del brazo izquierdo en la que porta el unguentario, esta vestimenta es muy similar a la representada en el sarcófago femenino que se

encuentra depositado en el Museo Arqueológico de Palermo, nº inv. 5631 (Frede 2000: 145-146).

4. Nuevos hallazgos

En el transcurso de las obras de construcción de la Universidad Pública de Tartus (Siria) fue hallada una tumba tipo *dromos*. Esta zona, llamada Ras al-Shagry, está situada a dos kilómetros de la costa, a unos quinientos metros al norte del hospital El Bassl y a setecientos metros en dirección a la carretera que une Tartus con Safita, quedando el yacimiento a cuatro kilómetros de Amrit (fig. 3).

El 9 de septiembre de 2009, durante el proceso de explotación de la elevación natural del terreno, al buscar la base rocosa para cimentar la construcción del campus universitario, se halló una entrada que conducía a una cámara hipogea de gran tamaño, con una profundidad máxima de unos 6 m, cuyo acceso se orientaba hacia el Este. En el interior de la primera cámara, se destacaban una serie de lóculos en distintas direcciones, pero, como se pudo comprobar, únicamente un sólo sarcófago antropomorfo de piedra (fig. 4), que estaba medio abierto y semiexpoliado, se ha-

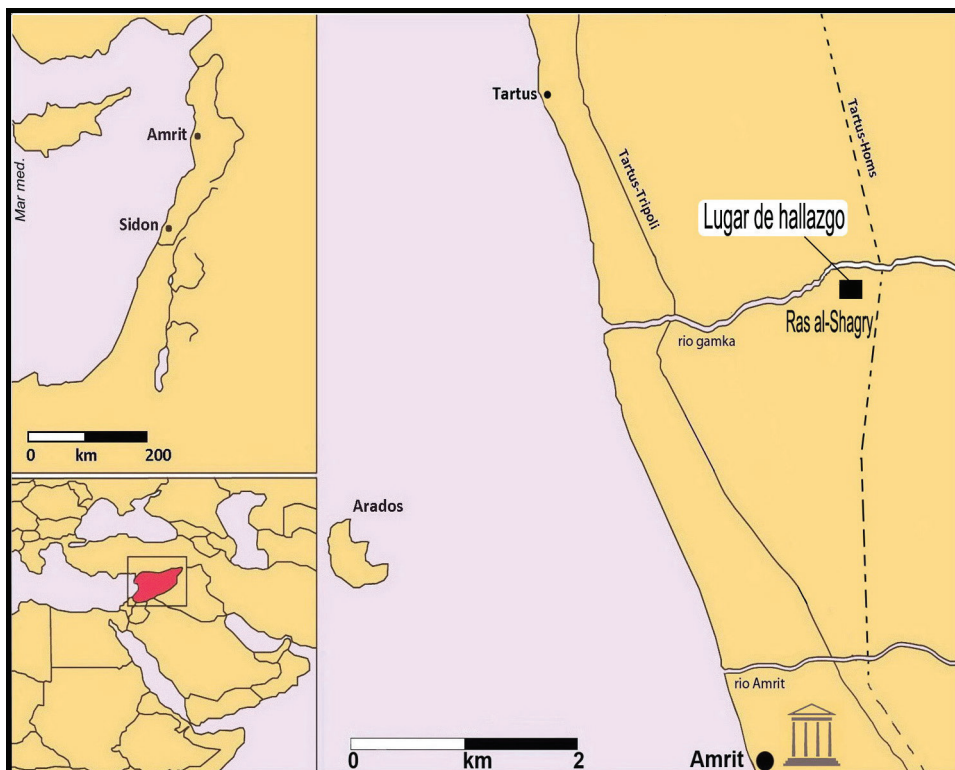


Fig. 3. Localización del hallazgo.



Fig. 4. Sarcófago barbado.

llaba en el interior de uno de esos lóculos. En el interior del sarcófago, cubiertos por los desprendimientos de la tierra y piedras del techo del lóculo, aún se encontraban parte del ajuar funerario y algunos restos del esqueleto, tres ungüentarios de alabastro y dos láminas de oro, aunque ostensiblemente revueltos debido al saqueo del sarcófago.

En las proximidades de la tumba hipogea, fueron halladas otras dos tumbas de época romana, estas también de inhumación, entre las que había unos 25 m, estaban constituidas por simples fosas, sin ningún tipo de estructura o de cierre documentado. Ambas se encontraban a unos 50 m de distancia de la cámara funeraria.

La noticia de los hallazgos fue comunicada a la comunidad científica de la Dirección de Antigüedades de Tartus (Siria), creándose con posterioridad un equipo de especialistas que se encargó de los trabajos de excavación, contextualización, documentación y extracción del sarcófago y su contenido. Todo lo encontrado en el interior de la cámara fue trasladado al Museo de Tartus.

Los tres ungüentarios documentados tienen la misma forma. Están constituidos por un cuerpo cilíndrico, de 3,5 cm de diámetro y una base plana de 3 cm de diámetro, por lo que se pasa del cuerpo cilíndrico a la base plana mediante un bisel inclinado hacia el interior, de medio centímetro de altura. El cuello se separa del cuerpo a través de un hombro redondeado, que da paso a

otro pequeño cuerpo cilíndrico que es el cuello, ligeramente más estrecho que el cuerpo, del mismo diámetro que la base, poco esbelto, aunque las tres piezas tienen ligeras diferencias de altura de cuello, lo que hace que el más esbelto presente 1,5 centímetros de altura. La boca circular está precedida por un labio engrosado, redondeado y saliente que alcanza casi el mismo diámetro del cuerpo. Se pueden apreciar ligeras diferencias entre los tres ejemplares, tales como la altura y el cuello (fig. 5).

Las superficies del alabastro, empleado como materia prima de los tres envases, están muy bien pulimentadas, dos de los ejemplares presentan fuertes concreciones calcáreas postdeposicionales que confieren a amplias zonas de las superficies externas una acusada rugosidad de aspecto granuloso, en uno de ellos de acentuada tonalidad rojiza, sin duda fruto de la concentración de hierro en las concreciones calcáreas depositadas sobre la superficie, lo que solo puede explicarse si se considera que el sarcófago estaba totalmente colmatado de tierra y pequeños clastos calizos, introducidos tras su violación y posterior hundimiento de parte del techo del lóculo sobre la abertura de la tapa del sarcófago, creándose las condiciones sedimentarias y químicas para el consiguiente proceso de decantación superficial de concreciones ferro-calizas, propias del contacto con la *terra rosa* y fruto de la descomposición de este tipo de roca calcárea.

Se trata de tres piezas tan similares entre sí que no parece muy aventurado considerar que se realizaron en un mismo momento y en un mismo taller, máxime cuando sus formas muestran una nítida diferencia con los demás objetos por sus características mineralógicas y funcionales, tanto contemporáneas (*vid. infra*) como precedentes, en contextos orientales, centrales u occidentales de la cuenca mediterránea, entre los que contabilizamos la representación de este tipo de objetos en las tapas de algunos sarcófagos antropomorfos (*vid. infra*) o en algunas esculturas funerarias femeninas más o menos coetáneas (Bottini 1996).

La gran mayoría de esos objetos, o sus representaciones, son objetos con cuerpos ovoides alargados, de base redondeada, de cuellos estrangulados, muy cortos y bordes aplanados y salientes que, en muchos casos, muestran pequeños apéndices semicirculares verticales enfrentados en los laterales de la parte superior del cuerpo que se interpretan como asas. Los tamaños son muy similares con alturas comprendidas entre 8 y 18 cm y diámetros en el cuerpo entre 3 y 5



Fig. 5. Ungüentarios de alabastro.

cm, aunque estas mismas formas se encuentran en vasos de alabastro mucho mayores, que llegan a alcanzar los 50 centímetros o más, para los ejemplares encontrados en la Península Ibérica, de fechas más antiguas, siempre utilizados como urnas cinerarias.

La otra cuestión a destacar es la materia prima empleada para la elaboración de los tres ungüentarios. Se trata de alabastro, si aceptamos esta denominación genérica de una serie de variantes mineralógicas de rocas sedimentarias como la calcita (carbonato cálcico) o el yeso (sulfato cálcico hidratado), de estructura compacta, aunque con vetas naturales de diferentes tonalidades, fruto de las diferentes sales concentradas por evaporación durante el proceso de formación del alabastro, que presenta una característica muy singular como es la de ser translúcida. Los ejemplares aquí presentados tienen estas características, pero su aspecto *de visu* nos permite considerar que se acerca más a una variedad de la calcita que del yeso, sin que esto permita ir más allá en la precisión de la cantera de procedencia, lo que sólo podría establecerse con análisis mineralógicos y geoquímicos, no realizados a estos ejemplares, y una buena cantidad de caracterizaciones de patrones comparativos de estas materias primas en sus lugares de extracción, algo que no se ha realizado de manera sistemática y rigurosa. Ello ha llevado a que, de manera abusiva, se consi-

dere que todos los vasos y objetos de alabastro pre y protohistórico se considere de importación egipcia, sin contar con estas determinaciones de origen de la materia prima.

Sin querer cometer el mismo abuso de atribución, sin las debidas analíticas mencionadas, nos inclinamos a considerar, por su aspecto, que estamos ante una variedad de alabastro diferente al ambarino de origen egipcio, o considerado como tal mayoritariamente, más similar al empleado en otras piezas de procedencia sirio-chipriota de cronología parecida. Por ello, nos planteamos la procedencia de esta materia prima, en concreto, para los tres ejemplares la misma, distinta de la mayoría de los ungüentarios de alabastro conocidos, que suelen atribuirse a importaciones egipcias (*vid. infra*).

5. Significado de los usos de los vasos de alabastro en contextos funerarios

Atendiendo a las distintas épocas señaladas, el uso de alabastrones o vasijas de alabastro para contener perfumes o ungüentos ha seguido una cierta transformación pues, desde las primeras funciones atestiguadas en los rituales egipcios del segundo milenio, su uso como contenedores de productos de consumo como aceite o vino o incluso para escanciar algunos de estos produc-

tos, en ritos sacros o funerarios, parece que se extiende a otras elites del Mediterráneo oriental hacia la segunda mitad del segundo milenio.

Es durante la Edad del Hierro cuando, fuera de Egipto, los vasos de alabastro, siempre de forma muy ocasional, fueron utilizados por fenicios y, a través de estos, por poblaciones locales que comienzan a utilizarlos como contenedores o acompañantes de urnas cinerarias en necrópolis de incineración en las costas occidentales mediterráneas, en especial en las costas y el hinterland del sur de la Península Ibérica.

Se ha considerado que su presencia en los depósitos funerarios se debe tanto al contenido de los vasos, al haber sido utilizado durante el proceso de la preparación del cadáver antes de la incineración del difunto como objeto que contenía sustancias muy importantes en el rito mortuorio, así como a la materia prima mineral empleada para su producción, por lo que su presencia en las tumbas se había convertido en un símbolo de diferenciación social, con un sentido distinto al que pudieron tener en sus lugares de origen y que se utilizaron para remarcar legitimidades del estatus social del difunto, al igual que otros productos artesanales de difícil adquisición, por la especialización de talleres artesanales, que utilizan complicadas técnicas de producción, o por el empleo de materias primas raras de restringida distribución, por lo que su producción no era local y fueron utilizados en pocas y destacadas tumbas de incineración.

La incineración va dejando paso a ritos de inhumación, que llegarán a imponerse en amplias zonas del Mediterráneo aunque la incineración no deja de practicarse o incluso se utilizan ambos ritos de forma simultánea, el uso de ungüentarios de alabastro persiste, siempre asociado a escasas y destacadas tumbas, asociadas ahora tanto a tumbas de inhumación como de incineración pero documentados en esta fase, bien en el interior de los sarcófagos o bien representados en la tapa, el personaje sostiene en su mano un ungüentario.

Las razones de su uso dentro del sarcófago o esculpido en la tapa del mismo se debe a que se trata de un objeto simbólico o el signo de un rito y no un mero producto de lujo. Su uso sugiere que no eran solo contenedores especiales de esencias o perfumes sino que invocarían la fuerza vital de la diosa Astarté/Tanit (López Rosendo 2005: 671; Almagro-Gorbea y Torres 2010: 45), independientemente de su función como contenedores de ungüento durante la preparación del cadáver que se depositó dentro del sarcófago.

En Oriente, desde el s. VIII a. C., o incluso antes, se atestigua el consumo de aceites perfumados como una práctica muy común, concretamente en Ugarit (Doumet-Serhal 1996: 12), de igual forma que en Egipto, aunque aquí en época más arcaica, la presencia de ungüentarios se ha considerado como el contenedor característico para portar aceites perfumados (López Rosendo 2005: 670, 672).

Así, el principal valor que se le ha adjudicado a este tipo de envases denominado ungüentario es su contenido (*ibidem* 2005: 670, 672), siendo menos considerada la materia prima con la que se fabricaban dichos contenedores. Las actividades rituales y funerarias relacionadas con el culto a Astarté son parte de los ritos que se relacionan con el consumo de aceites perfumados y de incienso (*ibidem* 2005: 670). La cantidad de alabastros hallados en el interior de los sarcófagos antropomorfos suele ser muy reducida, aunque en alguna ocasión se ha visto multiplicada, como es el caso del sarcófago del Museo Arqueológico de Tartus, n° inv. 3741, donde se documentaron varios. Podemos barajar la posibilidad de la existencia de diversos tipos de aceites perfumados o ungüentos usados en la preparación del cuerpo para su enterramiento en el interior de este sarcófago, dada la diferencia de tamaño entre ellos, aunque sea muy escasa y con una morfología marcadamente coincidente.

El simbolismo que constituye el ungüentario como parte del rito funerario está tan arraigado que su presencia empieza a tener un carácter iconográfico al representarse en la tapa del sarcófago como uno de los pocos atributos objetuales que acompañan a la propia figura humana, incorporándose como un elemento icónico de tanto poder que traspasa el sentido de contenedor y contenido. Para representar el propio rito y su sentido en relación con una diosa determinada y su relación con los ritos de paso, que significa el hecho de la muerte, ya no hace falta tenerlo como parte del ajuar, basta con solo representarlo, aunque siempre como un objeto concreto y pasando su función como perfumario o ungüentario a un segundo plano, situándolo como símbolo de un significado divino en relación con la vida de ultratumba.

El ungüentario se relacionó primero con una urna cineraria y, posteriormente, con sarcófagos antropomorfos. Este paso a través de diferentes ritos de tratamiento de los cadáveres nos indica su carácter especial, ya que es uno de los pocos objetos que acompañan a los contenedores de

restos humanos, sean urnas o sarcófagos, cenizas o cadáver momificado, conservando así su valor como símbolo de una parte del rito previo en el acto del tratamiento del cadáver antes de su incineración o momificación. En ambos casos sigue conservando el valor simbólico, por lo que vemos cómo cambia el tamaño del contenedor de los restos funerarios en relación con el rito de incineración e inhumación, aunque la presencia del objeto como signo no aparece en la mayoría de los casos de sarcófagos antropomorfos.

La presencia de los ungüentarios de alabastro con cenizas o inhumados se podría considerar como una prueba de cierta continuidad en un momento de acentuado cambio de los ritos funerarios, aunque eso no parece afectar a las creencias religiosas reinantes durante el primer milenio antes de Cristo. Esta presencia ayuda a facilitar el paso hacia el Más Allá para determinados personajes de los estratos sociales más altos tanto en Oriente como en Occidente.

En épocas más recientes, dos siglos más tarde, en el s. III a. C., el ungüentario de alabastro desaparece de las tapas de los sarcófagos, así como los propios sarcófagos, hecho que se puede interpretar como un cambio del rito en el uso de este tipo de práctica funeraria, ya que el ungüentario se convierte en objeto generalizado para la mayoría de las ofrendas funerarias, ahora fabricado en un material muy popular y frecuente como es la cerámica roja que sustituye al alabastro exclusivo de determinadas clases y ocasiones. Este hecho se atestigua en prácticamente todas las necrópolis de inhumación a lo largo de toda la costa mediterránea en estas cronologías.

La utilización de la cerámica indica la accesibilidad de este rito a una mayor parte de la población, dejando de ser exclusivo de las élites sociales, por lo que pasa de ser ocasional y estar reservado a unos pocos a ser frecuente y general, sin que por ello cambie el significado, será el fruto de popularización de los ritos de las élites sociales y de sus enterramientos.

6. Conclusiones

El uso del alabastro tanto para la fabricación de vasos y ungüentarios, desde su aparición durante el segundo milenio antes de Cristo, aparece siempre como materia prima para elaborar objetos relacionados con élites sociales, de modo que esa materia prima lítica y los contenedores elaborados con ella adquirieron la representatividad material

un sentido simbólico elitista. Los primeros objetos elaborados de alabastro parecen haber tenido un origen egipcio, distribuyéndose por el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente mediante un intercambio de dones entre elites, de manera que son uno de los indicadores materiales del mantenimiento de contactos frecuentes entre los poderes de diversas sociedades jerarquizadas orientales, así a través del intercambio de dones materiales como productos simbólicos que son la manifestación del poder político y sus relaciones a larga distancia.

En la primera mitad del primer milenio, estos contenedores de alabastro aparecen ligados en el extremo occidental mediterráneo a contextos funerarios, es decir, con un uso como contenedor de restos de cremaciones, así como contenedores de ungüentos y esencias que acompañaban a las urnas, en determinadas tumbas de incineración, como objetos de lujo que denotan el estatus social de los personajes que se entierran en y con ellos.

Cuando los ungüentarios de alabastro se incorporan al interior de sarcófagos antropomorfos, o se representan esculpidos en sus tapas, adquieren un significado en relación con ritos de preparación del cadáver. Dada la categoría social de los usuarios de estos sarcófagos, los contenedores de ungüentos o su representación, están reservados también a personajes de las élites sociales, pero sus talleres de elaboración y el empleo del alabastro parecen tener orígenes diversos, no únicamente egipcio, por lo que consideramos que la obtención de la materia prima y la producción de los contenedores podrían ser locales aunque conservando su valor de uso exclusivo para determinados personajes de los grupos sociales de la elite, aunque también, por su uso funerario, van adquiriendo un valor simbólico que remite a creencias religiosas de sus usuarios.

A partir de mediados del primer milenio, se va a generalizar el uso del ungüentario en toda la cuenca mediterránea, generalización que representa la popularización del uso del ungüentario como símbolo de determinados rituales funerarios, que refieren a creencias religiosas compartidas, como demostraría su presencia en multitud de tumbas, ahora mayoritariamente de inhumación, en el seno de diversos comportamientos y costumbres funerarias, pasando a ser elaborados en variadas materias primas, convirtiendo a los ungüentarios en un producto artesanal accesible a amplias capas de la sociedad y su presencia funeraria en un símbolo ritual de creencias religiosas compartidas y populares.

AGRADECIMIENTOS

El autor de este trabajo agradece encarecidamente toda la ayuda recibida para la elaboración de este trabajo. En primer lugar a la gran ayuda del director del Departamento de Antigüedades de Tartus, M. Hasan, por su inestimable apoyo y las facilidades dadas para la entrada y uso de las piezas del almacén y laboratorio del mismo museo. En segundo lugar al Prof. Pedro Aguayo de Hoyos, por su precisa y acertada orientación constructiva sobre diversos aspectos tratados en este trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO GORBEA, M. (2009): La diosa de Galera, fuente de aceite perfumado. *Archivo Español de Arqueología* 82: 7-30.
- ALMAGRO GORBEA, M.; TORRES ORTIZ, M. (2010): *La escultura fenicia en Hispania*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LÓPEZ ROSANDO, M^a, E.; MEDEROS MARTÍN, A.; TORRES ORTIZ, M. (2010): Los sarcófagos antropoides de la necrópolis de Cádiz. *Mainake* 32: 357-394.
- AL MAQDISSI, M. (2008): Notes d'Archéologie Levantine IX. Travaux archéologiques à Tell Ghamqa au sud de Tartous. *al-Rafidan* 29: 95-104.
- AL MAQDISSI, M.; BENECH, C. (2009): The spatial organization of the Phoenician city of Amrith (Syria). *ArchéoSciences* 33 (suppl.): 209-211.
- AUBET, M. E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Bellaterra. Barcelona.
- AUBET, M. E. (2009): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Bellaterra, Barcelona.
- BADRE, L. (1997): Arwad. *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East* (E. Meyers ed.) Oxford University Press, New York: 218-219.
- VON BISSING, F.W. (1907): *Catalogue générale des antiquités égyptiennes du Musée du Caire, no 18065-18793*. Steingefässe. Adolf Holzhauser, Vienne.
- von Bissing, F.W. (1939): Studien zur Altessen Kultur Italiens IV. Alabastra. *Studi Etruschi*, 13: 131-178.
- BLANCO, A.; CORZO, R. (1981): Der neue anthropoide Sarkophag von Cádiz. *Madridrer Mitteilungen* 22: 236-43.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2007): Últimas aportaciones a la presencia de fenicios y cartagineses en Occidente. *Gerión* 25(2): 9-70.
- BONNET, H. (1952): *Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte*. Walter de Gruyter Berlin.
- BOTTINI, A. (1996): L'incontro dei coloni greci con le genti anelleniche della Lucania. *I Greci in Occidente* (G. Pugliese Carrateli ed.), Bompiani, Milan: 541-548.
- BUHL, M.L. (1959): The late Egyptian Anthropoid Stone Sarcophagi. Phl Thesis. Uni. Copenhagen. Copenhagen Nationalmuseet. Copenhagen
- BUHL, M. L. (1987): Les sarcophages anthropoïdes phéniciens en dehors de la Phénicie. *Acta Archeologica* 58: 213- 221.
- CLINE, E. H. (1994): *Sailing the Wine-Dark Sea. International Trade and the Late Bronze Age Aegean*. Tempus Reparatum, Oxford.
- CULICAN, W (1970): Almuñécar, Assur and the Phoenician penetration of the western Mediterranean. *Levant* II: 28-36.
- DOUMET-SERHAL, C. (1996): Fleurs, fruits et huile parfumée: représentation sur les sarcophages anthropoïde. *National Muséum News Beyrouth* 4: 12-19.
- EDDY, K. W. (1887): Letter from Sidon, Phoenicia. *American Journal of Archeology* 3 (1/2): 97-101.
- ELAYI, J. (1988): *Pénétration grecque en Phénicie sous l'empire perse*. Presses universitaires de Nancy. Nancy.
- FRANKENSTEIN, S (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Crítica, Barcelona.

- FREDE, S. (2000): *Die phönizische anthropoiden Sarkophage I. Fundgruppen und Bestattungskontexte*. Philipp Von Zabren, Mainz.
- FREDE, S. (2002): *Die phönizische anthropoiden Sarkophage II*. Philipp Von Zabren, Mainz.
- GÓMEZ PEÑA, A. (2013): Algunas notas sobre los alabastrinos fenicios-púnicos de la Península Ibérica. *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Estudios Cerámicos. Homenaje a la Dra. Mercedes Vegas, Cádiz, del 1 al 5 de noviembre de 2010* (Girón, L.; Lazarich, M.; Lopes, M. C. eds.), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz: 900-926.
- HERMARY, A.; MERTENS, J. R. (2014): *The Cesnola Collection of Cypriot Art*. Yale University Press, New York.
- JIMÉNEZ FLORES, A. M. (2010): El mundo funerario. *Cádiz y Huelva, puertos fenicios del Atlántico* (M. D. López de la Orden; E. García Alfonso, eds.), Fundación Caja Sol, Sevilla: 271-280.
- LEMBKE, K. (2001): *Phönizische anthropoide Sarkophage*. Von Zabern, Mainz.
- LIPINSKI, E. (1992): *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*. Bruxelles.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2001-2002): Vasos de alabastro de Abdera y Baria. *Ocnus* 9-10: 137-153.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2006): Colonials, merchants and alabaster vases: the Western Phoenician aristocracy. *Antiquity* 80 (307): 74-88.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2005): El perfume en los rituales orientalizantes de la península Ibérica. *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, vol. 1 (S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila, eds.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Arqueología, Mérida: 669-682.
- MERRILLEES, R. S. (1974): *Trade and Transcendence in the Bronze Age Levant. Studies Mediterranean Archaeology vol. 39*. P. Åström, Göteborg.
- MONTET, A. (1960): *La necropole royale de Tanis. III. Les constructions et les tombes de Chechonq III á Tanis*, Jean Pierre Marie Montet, París.
- MUSTAFA, B. (2013): New Hypogeal Tomb with a “Phoenician” anthropoid sarcophagi on Tartus, Syrian Coast. *Cuadernos de la Prehistoria y Arqueología*, Universidad Autónoma de Madrid 39: 113-122.
- PELLICER CATALÁN, M. (2007): *Cuadernos de arqueología mediterránea. Laboratorio de arqueología*. Universidad Pompeu i Fabra. Barcelona.
- PÉREZ DIE, M^a. C. (1983): Un nuevo vaso egipcio de alabastro en España. *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*. Ministerio de Cultura, Madrid, vol. 2: 237-244.
- RIBICHINI, S. (2004): Sui riti funerari fenici e punici. Tra archeologia e storia delle RELIGIONI. *El mundo funerario* (A. González Prats, ed.), Actas del III Seminario Internacional sobre temas fenicios, Alicante: 43-76.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2013): *Con el fenicio en los talones: los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*. Bellaterra arqueología, Madrid.
- SCHUBART, H.; ARTEAGA, O. (1990): La colonización fenicia y púnica. *Historia de España. Desde la Prehistoria hasta la conquista romana (s. III a.C.)* (A. Dominguez Ortiz, ed.), Planeta, Barcelona: 431-470.
- TORREY, C.C. (1919/20): A Phoenician necropolis at Sidon. *Annual of the American Oriental Society* 1: 1-27.